

LA TEMPESTAD CALMADA

Mt 8,23-27: “¡Señor, sálvanos que perecemos”

Mt 14,22-36: “Ánimo, soy yo, no temáis”

Lc 12,22-32: El abandono en la providencia

Sal 125: “Los que confían en el Señor no tiemblan”

Sal 12: “Su corazón está firme en el Señor”

¿Has escuchado un insulto? Es el viento. ¿Te has irritado? Es el oleaje. Cuando el viento sopla y se encrespa el oleaje, zozobra la nave, zozobra tu corazón, fluctúa tu corazón. Nada más escuchar el insulto, te vienen ganas de vengarte: si te vengas, cediendo al mal ajeno, padeciste naufragio. Y esto, ¿por qué? Porque Cristo duerme en ti. ¿Qué quiere decir que Cristo duerme en ti? Que te has olvidado de Cristo. Despierta, pues, a Cristo, acuérdate de Cristo, vele en ti Cristo; piensa en Él. Su recuerdo es su palabra; su recuerdo es su voz de mando... Por tanto, refrenaré mi ira, y retornaré a la paz de mi corazón. Increpó Cristo al mar y se hizo la calma... *Pero, ¿quién es éste? ¿Hasta el viento y las aguas le obedecen!* Que ¿quién es éste a quien el mar obedece? *Suyo es el mar, porque él lo hizo. Por medio de la Palabra se hizo todo.* Imita más bien a los vientos y al mar: obedece al Creador. A una orden de Cristo el mar oye, ¿y tú te haces el sordo? Oye el mar, cesa el viento, ¿y tú estás que bufas?... En los momentos de perturbación, no os dejéis vencer por el oleaje. No obstante y puesto que al fin y al cabo somos hombres, si soplar el viento, si se alborotan las pasiones de nuestra alma, no desesperemos: despertemos a Cristo, para que podamos navegar con bonanza y arribar al puerto de la patria” (SAN AGUSTÍN).

“No importan el ambiente, las dificultades que rodean nuestra vida, si nos dirigimos llenos de fe y confianza hacia Jesús que nos espera; no importa que las olas sean muy altas y el viento fuerte. Si miramos a Jesús, todo nos será posible; y ese mirarle es la virtud de la piedad. Todas las tempestades juntas, las de dentro del alma y las del ambiente, nada pueden mientras estemos bien afinados en la oración. Nunca debe flaquear nuestra fe; aunque sean enormes las dificultades; aunque nos parezca que nos han de aplastar con su fuerza.

Las dificultades en las que experimentamos la propia debilidad, las mismas flaquezas, servirán para encontrar a Jesús, que nos tiende su mano y se mete en nuestro corazón, dándonos una paz inmensa en medio de cualquier tribulación. Dios nunca llega tarde para socorrernos y ayuda siempre en cada necesidad. ¡Qué seguridad tan grande da el Señor! Él me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas donde me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo. Ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? “Yo estaré siempre con vosotros hasta el final de los tiempos”. Cristo está conmigo, ¿Qué puedo temer? Que venga a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña. No dejemos su mano; El no deja la nuestra. «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿A quién temeré?» (FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL).

“El Señor me ha dado unas prendas. Entonces, ¿es por mis propias fuerzas que me fío de él? Tengo en mis manos su escrito: este es mi punto de apoyo, aquí radica mi seguridad, este es mi puerto de salvación. Aunque el universo entero se ponga a temblar, yo tengo este escrito, lo releo, es la muralla de mi amparo, es mi garantía. ¿Qué me indica? «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20) Si Cristo está conmigo ¿qué temeré? Que se acerquen las oleadas del mar y la cólera de los poderosos: todo esto no pesa más que una tela de araña” (SAN JUAN CRISÓSTOMO).

“Ellos nos compartieron la misma experiencia que tuvieron los discípulos, han experimentado el miedo que sólo conduce a un sitio. ¿A dónde nos lleva el miedo? Al encierro. Y cuando el miedo se acovacha en el encierro siempre va acompañado por su «hermana gemela»: la parálisis, sentirnos paralizados. Sentir que en este mundo, en nuestras ciudades, en nuestras comunidades, no hay ya espacio para crecer, para soñar, para crear, para mirar horizontes, en definitiva para vivir, es de los peores males que se nos puede meter en la vida, especialmente en la juventud. La parálisis nos va haciendo perder el encanto de disfrutar del encuentro, de la amistad; el encanto de soñar juntos, de caminar con otros. Nos aleja de los otros, nos impide dar la mano, como hemos visto [en la coreografía], todos encerrados en esas cabinas de cristal” (FRANCISCO).